

En Filipinas mi vida fluye como agua pura que corre con fuerza por las cascadas y luego desemboca tranquilamente en el océano Pacífico. En la isla de Palawan quiero retomar mi introspección, ahondar en mis miedos sobre la incertidumbre, el merecimiento y la abundancia, pero día a día la isla se va convirtiendo ella misma en el merecimiento y la abundancia. Pareciera que en el país de las siete mil islas el valor de la vida es otro; el tiempo se mide distinto —no se gana ni se pierde—, mis horas se deslizan según el ritmo de las olas mientras me desplazo de puerto en puerto según los encuentros. Mis minutos son lluvias de tifón, bosques de palmeras, nudos de marinero efímeros.

Llegando de Singapur, la aterrizada en Puerto Princesa —la capital de la isla— es un choque social significativo, pero inmediatamente me llena de vida el caos tropical. Me siento en un pueblo grande de la costa caribe colombiana, con tráfico desordenado, motos, cables y puestos de comida rápida por todas partes. Muchos barrios son modestos, con calles sin pavimentar, casitas muy básicas de madera, tienditas con rejas y perros callejeros moribundos. En un par de días me hago amigo de los niños de la escuela, de la costurera que me arregla mis pantalones por medio dólar y de los vendedores de papaya. Todos sonríen con ternura y, a pesar de la humildad extrema, me siento siempre en seguridad.

Luego, en el pueblo de Port Barton me despierto con el sonido de la marea y paso los días caminando por playas doradas o selvas de palmeras. También visito pequeñas islas y zonas de esnórquel, con tortugas y serpientes de mar. En las tardes escribo, refrescada por la brisa marina, y termino el día en conciertos de reggae, bailando descalza a la orilla del agua antes de dormirme una vez más arrullada por el ruido relajante de la sucesión de olas. Solo me alejo del mar para asistir a partidos de baloncesto (¡el deporte nacional, para mi gran felicidad!) o para alquilarle una bicicleta de montaña a un belga de Lieja con la que recorro, feliz, muchos caminos enlodados hasta cascadas escondidas, donde me sumerjo para quitarme todo el barro del cuerpo y de paso purificar un poco las energías del pasado.

En el pueblo de Coron entiendo por qué los países de Ko Phi Phi me dijeron que Filipinas era el mejor país para conectar-



Un quiebre puede gatillar muchas reacciones: una es poner distancia con el lugar del rompimiento y lanzarse a un recorrido por el mundo en busca de respuestas, experiencias, sanación. Ese es el camino que siguió la escritora Nadia Ríos y que quedó registrado en su último libro, *Cartografía íntima*. Este es un extracto del capítulo dedicado al tiempo que pasó en Palawan, Filipinas. POR Nadia Ríos.

se con la población. A la ternura y bondad asiática se le suma aquí el idioma; la educación primaria y secundaria es en gran parte en inglés, por lo tanto se pueden tener conversaciones reales. Me encanta poder hablar con las mujeres, cien por ciento empoderadas en todas las labores, inclusive me impresiona que cuando me cruzo con una pareja en cualquier campo perdido, el hombre se queda callado mirando a la mujer dar las explicaciones; no había experimentado esto en ningún otro lugar hasta ahora y me pregunto si es porque las chicas son más aplicadas en el colegio aprendiendo inglés. El contacto fácil se explica también un poco por la historia compartida de haber sido colonia española, y yo ya ando con mi lista de palabras castellanas integradas en el idioma tagalo: uno, dos, tres (y en general todos los números), zapato, medias, cinturón, chaleco, cuchara, tenedor, plato, piña, pero, celoso, atrás, Navidad, basura, limpio. Y otras cosas se me hacen súper familiares: la misa católi-

ca en un ambiente tropical, familiar y distendido; la vida de barrio donde uno oye las telenovelas de las casas vecinas y las tienditas de la esquina donde se compran las toallas higiénicas al menudeo.

(...)

En la terraza ubicada en el techo de un restaurante conozco a Pirmin, el más latino de los alemanes. Hace un par de años recorrió Latinoamérica durante doce meses, de los cuales trabajó tres en Colombia, antes de ir a vivir a Australia, donde terminó latinizándose aún más con amigos colombianos. Ahora está empezando una vida nómada de nuevo, por Asia, y se convierte en mi amigo del lugar. Nos vamos juntos de excursión, todo un día nadando en el paraíso, en lagunas naturales de tonos diversos que van desde el transparente cristalino hasta el verde turquesa, pasando por el azul celeste, zafiro, marino y ultramarino. Cada una rodeada de islas y acantilados de roca caliza que parecen flotar sobre el océano; un verdadero sueño.

Otro día nos vamos de esnórquel y me pierdo bajo el agua, en un mundo multicolor de peces extraños surgiendo de los rincones inesperados de las largas barreras de coral y los barcos de guerra abandonados. Nos quedamos comiendo pescado y fruta en islotos con playas de arena blanca, palmeras y aguas diáfanas, sentados en la perfecta postal caribeña, pero en tierras asiáticas. Y terminamos navegando por los manglares al atardecer, en un entramado de raíces inundadas donde solo de-sencaja el ruido de nuestro motor.

Luego llegan días latinos de mucha alegría en El Nido. El hostel *boutique* donde me alojo en la playa de Maremeg me queda sobre un cerro, mirando hacia un panorama de islas montuosas, islotos de roca caliza y acantilados. El espectáculo de los atardeceres se me hace irreal y, seguramente envuelta por esa energía mágica, van llegando a mi vida increíbles personas.

Los primeros son Valentina y Samuel, dos viajeros solitarios; ella, chilena residente en Sidney; él, mexicano viviendo en Manila. Con ellos no tengo que pasar por momentos de introducción ni de largas charlas para saber si somos compatibles y si vamos a hacer cosas juntos; entre latinos aventureros siento el ambiente familiar desde el momento número uno. Pasamos tardes de playa, almorzamos, caminamos, nos vamos de excursión por el mismo paisaje incansable de lagunas turquesa e islas de roca caliza. Hay decenas de turistas, pero sigue siendo el paraíso. Me cuentan lo que es ser latino en sus respectivos continentes, teniendo que contener su espontaneidad y sus emociones a veces exacerbadas por la lejanía y el aislamiento.

(...)

Una tarde antes de Navidad saco mi cuaderno de apuntes, me instalo en una de las mesas del balcón-terracea frente al paisaje de islas que solo se adivina en la oscuridad y, apenas empiezo a llenar la primera hoja, se sientan a mi lado Meir e Itamar. El primero es alto, rubio, corpulento y de ojos verdes. El segundo es flaco, moreno, menos alto y de ojos cafés. Me preguntan el código del wifi y, con esa excu-

sa, nos lanzamos en una conversación que parece durar toda la vida. Tienen más o menos mi edad y son israelíes. Meir es de máximo voltaje, su humor es ácido, franco y con cero tabús. Itamar es dulce, más reservado y su mirada es pura poesía del desierto, o como decía un amigo mío en Bogotá: «Un verdadero regalo de Dios enviado a las mujeres». Me explica que es descendiente de judíos persas y yemenitas, una increíble mezcla. Yo les hablo de mi inolvidable viaje a Yemen hace unos diez años, ninguno de los dos se lo cree, me preguntan si soy espía del Mossad y, de ahí en adelante, entre los temas históricos, religiosos, de viajes, de Colombia y de Israel, nos da la medianoche. La conexión inmediata me exalta, porque la conversación sería se interrumpe cada cinco minutos con chistes de cuarentones solteros y mis interminables carcajadas. Me voy a la cama con una sensación súper bonita, de calidez humana, y a la vez emocionada por tanta adrenalina intercambiada; yo con mis aventuras de vuelta al mundo y ellos con su vida frenética de empresarios dinámicos instalados en Tel Aviv que trabajan quince horas al día y se la pasan en viajes de negocios por el planeta. Además, llegaron a pasar sus pocos días de vacaciones a todo dar también, y esa energía arrasadora me absorbe sin contención.

(...)

Los días siguientes nos apeñuscamos los tres en mi pareo a tomar el sol; nos sentamos en una terraza a comer pan pita con Nutella, yogur y mantequilla de maní, y retomamos los recorridos en moto por los paisajes exuberantes, desbordantes de tonos verdes; yo atrás, sintiendo el viento abrazarme todo el cuerpo, contemplando las interminables copas de los árboles que quieren tocar el cielo, como voy yo en esa sensación de libertad, movida por la fuerza de dos seres tan bonitos y cariñosos, dedicados a cuidarme y a consentirme. D

EL LIBRO

Cartografía íntima es el libro de crónicas de viaje de la escritora colombiana Nadia Ríos, lanzado por Ediciones Lastarria y De Mora (edicionelastarria.es), que ahora está disponible en Chile en **La Inquieta Librería** (Ramón Carnicer 65, Providencia).



¡Mañana comienza!

TRAVEL SALE ^{CL}

¡Más de 80 destinos para viajar!

Miles de hoteles en oferta

- ✓ Acumulas Millas LATAM Pass
- ✓ Acumulas Puntos Calificables
- ✓ Todo para tu viaje en latam.com

Compra todo en latam.com



Powered by **Booking.com**

La acumulación de millas LATAM Pass se hace sobre la tarifa sin impuestos ni cargo por servicio y corresponde a 3 millas por \$1 USD gastado y 6 puntos calificables por \$1 USD gastado. Las millas LATAM Pass serán acreditadas en la cuenta LATAM Pass del socio ingresada al momento de efectuar la reserva y serán acreditadas en su cuenta hasta 70 días corridos después de la fecha de uso final del servicio. Número de socio LATAM Pass debe ser el del titular de la reserva. Términos y condiciones generales del programa LATAM Pass en latampass.latam.com. Para comprar en Booking.com exclusivamente a través de la alianza con LATAM.

